

de su real patrona Isabel. Por deliciosas que fuesen las otras que había visto, ninguna podía compararse con aquella. Como las demás, estaba cubierta de árboles, arbustos y yerbas de desconocida especie, y de la rica vegetación de los trópicos. El clima tenía la misma suavidad de temperatura; el aire delicado y fragante; la tierra mas alta, y con una hermosa y verde colina; la costa de fina arena lavada por plácidas y transparentes ondas.

Colon estaba absorto contemplando la belleza y paisaje de aquella isla: no sé, decía, adonde ir primero, ni se cansan jamás mis ojos de contemplar esta preciosa verdura. Al Sud-Oeste de la isla encontró abundantes lagos de agua dulce, coronados de árboles, y rodeados de feraces praderías. Mandó que se llenasen en ellos todos los toneles de los buques. «Aquí en unas grandes lagunas, dice en su diario, y sobre ellas y á la rueda es el arbolado en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes, y las yerbas como en el abril en el Andalucía, y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se quería partir de aquí, y las manadas de los papagayos, que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla; y despues hay árboles de mil maneras, y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el mas penado del mundo, de los no cognoscer, porque soy bien cierto, que todos son cosas de valía, y de ellos traigo la de muestra, y asimismo de las yerbas.» Empeñado Colon en descubrir las drogas y especias de Oriente, al acercarse á esta isla imaginó que sentía en el aire de ella los olores que exhalan las del mar Indio. «Al llegar á este cabo, dice, vino el olor tan bueno y suave de flores ó árboles de la tierra, que era la cosa mas dulce del mundo. Creo que ha en ellas muchas yerbas y muchos árboles, que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especiería, mas yo no los conozco, de que llevo gran pena.»

Los peces abundaban en aquellos mares, y participaban de la novedad característica á todos los objetos del Nuevo-Mundo. Rivalizaban con los pájaros en la brillantez de sus colores, y reflejaban las escamas de algunos los rayos de luz, como lo hacen las piedras preciosas; al jugar por junto á los barcos, lanzaban vislumbres de oro y plata al traves de las claras olas; y los delfines, arrancados de su elemento, deleitaban la vista con los cambios de colores que asigna la fábula á los camaleones. No había en estas islas otros animales que lagartos, perros mudos, cierta especie de conejos, llamados utia por los indios, y guanacos. El último le miraban los españoles con horror y asco, suponiendo que fuese alguna fiera y nociva serpiente; pero luego conocieron su mansedumbre y supieron que la estimaban como un manjar exquisito los indios. Por muchos dias se mantuvo Colon cerca de esta isla, buscando en vano su imaginario monarca, ó los medios de entablar relaciones con él, hasta que al fin trabajosamente se convenció de su error. Pero no bien se había desvanecido esta ilusión, cuando ocupó otra su lugar. En respuesta á las continuas preguntas de los españoles respecto á las fuentes de donde sacaban el oro, habían los indios unánimemente señalado al Sur. Colon empezó á reunir noticias de una isla que estaba en aquella direccion, llamada Cuba; pero cuanto podía colegir acerca de ella por los signos de los indígenas, lo doraba y engrandecía él en su propia imaginación. Entendió que era muy extensa, que abundaba en oro, perlas y especias, que sostenía grande comercio de estos preciosos artículos, y que muchos buques mayores venían á traficar con sus habitantes.

Recogidos estos datos, los correlacionó con las explicaciones de Marco Polo sobre las costas de Asia, y uedujo de tal cotejo que la isla en cuestion era la de

Cipango, y los buques los del gran Khan, que comerciaban por aquellos mares. Formó su plan con arreglo á estas suposiciones, resolviendo darse inmediatamente á la vela en busca de aquella célebre isla, examinar sus puertos, ciudades y productos, y establecer desde luego sus relaciones mercantiles. Despues pensaba buscar otra llamada Bohio, de que los naturales hacian tambien maravillosas pinturas. Su morada en aquellas islas dependería de las cantidades de oro, especias, piedras preciosas y otros objetos de tráfico oriental que encontrase. Despues pasando al continente indio, que debería estar á unos diez dias de navegacion, buscaría la ciudad de Quinsay, que, segun Marco Polo, era una de las mas suntuosas capitales del mundo, entregaría en ella en persona las cartas de los soberanos de Castilla al gran Khan, y cuando recibiera su respuesta, volvería triunfante á España con este documento, probando que había acabado el grande objeto de su viaje. Tales eran los espendidos proyectos con que alimentaba Colon su fantasía, al dejar las Bahamas y salir para la isla de Cuba.

### CAPITULO III.

#### DESCUBRIMIENTO Y COSTAS DE CUBA.

(1492.)

DILATARON por muchos dias la partida de Colon continuas calmas y vientos contrarios acompañados de copiosos aguaceros. Era la estacion de las lluvias otoñales, que en los climas tórridos suceden á los calores del verano, desde la menguante de la luna de agosto hasta el mes de noviembre.

Al fin, se dió á la vela el 24 de octubre á media noche; pero no pudo alejarse de la isla Isabela, por haber tenido calma hasta el dia siguiente, cuando á cosa de las doce se levantó un viento suave, que empezó á soplar, como él dice, amorosísimamente. Se extendieron todas las velas, tomando el rumbo del Oes-Sud-Oeste, direccion en que decían los indios que estaban las tierras de Cuba. Despues de tres dias de navegacion, durante los cuales tocaron á un grupo de siete ó ocho islas pequeñas, que él llamó islas de arena, ahora las Mucaras, y habiendo atravesado el banco y canal de Bahamá, llegó el 28 de octubre por la mañana á la vista de Cuba. La parte que descubrió primero, se supone que sea la costa occidental de Nuevas del Principe.

Al arribar á esta isla quedó sorprendido de su magnitud, de la grandiosidad de sus contornos, de sus encumbradas montañas que le recordaban las de Sicilia, de la feracidad de sus valles y dilatadas llanuras bañadas por caudalosos rios, y coronadas de suntuosas y altas florestas, y de sus audaces promontorios y extendidos cabos que se desvanecían á la vista en remotísimas distancias escondiendo sus cúspides en el azul del horizonte. Ancló en un hermoso rio, libre de rocas y bancos, de transparentes aguas y márgenes vestidas de árboles. Y desembarcando, y tomando posesion de la isla, le dió el nombre de Juana, en honor del príncipe D. Juan, y al rio el de S. Salvador.

A la llegada de los buques salieron dos canoas con indios de la costa; mas al ver que se acercaban los botes á sondear el rio para buscar surgidero, huyeron amedrentados. El Almirante abandonó dos chozas abandonadas por sus dueños. Contenian pocos efectos, algunas redes hechas de fibras de palma, anzuelos y harpones de hueso, y otros instrumentos de pesca, y un perro de los que había visto en las otras islas que nunca ladran. Mandó que á nada se tocara, contentándose con observar los medios y modo de vivir de los habitantes.

Volviendo á su bote, siguió navegando rio arriba, cada vez mas gozoso al contemplar la hermosura de aquel pais. Las florestas que cubrian ambas orillas, eran de altos árboles de dilatadas y anchas copas; mu-

chos cargados de frutos, otros de flores, y aun algunos de flores y frutos mezclados, como si tuviese la tierra un círculo perpétuo de fertilidad: entre ellos había palmas, pero diferentes de las de España y Africa: con sus grandes hojas formaban los indios los techos de sus chozas.

Los exagerados elogios que prodigó Colon á la belleza del paisaje, los justifica el maravilloso cuadro que se desplegaba ante su vista. Es inexplicable el esplendor, variedad y pomposa vegetación de aquellos ardientes y vivificadores climas. El verdor de las arboledas y los matices de las plantas y las flores forman una beldad que no puede encarecerse; añádate la pura transparencia del aire y la profunda calma de los azules cielos, las florestas tambien llenas de vida, atravesándolas de continuo bandadas de pájaros de brillante plumaje, la inmensa variedad de loros y picamaderos que bullen por la selva, las numerosas avejillas que vagan de una flor á otra parecen por su vivo lustre, como alguno ha dicho, particulas finas del arco Iris, y los flamencos, fenicópteros escarlatas, que suelen verse tambien por las aberturas de la floresta en algun distante llano, formados en escuadron como los guerreros, con una escucha alerta para dar noticia del cercano peligro, y podrá concebirse toda la belleza de aquel cuadro. Ni es la seccion menos bella de la naturaleza animada la que encierra tantas tribus de insectos que pueblan todas las plantas, haciendo alarde de sus brillantes cotas de malla que resplandecen como joyas preciosas.

Sublime y grandioso es el esplendor de la creación animal y vegetal en aquellos climas, en donde un sol ardiente comunica su propio lustre á todos los objetos, y vivifica la naturaleza y la llena de exuberante fecundidad. Las aves no se distinguen en general por su melodía, habiéndose observado que rara vez se junta en ellas la dulzura del canto con la brillantez del plumaje. Colon observó, empero, que las de varias especies cantaban melodiosamente entre los árboles, y con frecuencia se engañaba creyendo que oía la voz del ruiseñor, pájaro desconocido en aquellas regiones. Estaba Colon, en efecto, dispuesto á verlo todo á traves de un propicio y favorable medio. Su corazon rebosaba en la plenitud del júbilo de haber alcanzado sus esperanzas, y el duro pero glorioso premio de sus trabajos y peligros. Todo lo contemplaba con el amoroso ojo del descubridor, mezclando la admiración con el triunfo; y es difícil concebir los éxtasis de su ánimo, mientras exploraba y admiraba las gracias un mundo virginal, ganado por su genio y por lo grande y atrevido de sus empresas.

De sus repetidas observaciones acerca de la belleza del pais y del placer que evidentemente le causaban los sonidos y objetos rurales, se infiere que fue en extremo susceptible á aquellas deliciosas influencias que ejercen en algunas imaginaciones las gracias y prodigios de la naturaleza. Expresa estos sentimientos con característico entusiasmo, y al mismo tiempo con infantil sencillez y dición. Cuando habla de algun bello paraje de las arboledas ó floreciente costa de aquella hermosa isla, dice, que podría vivir eternamente en ella. Cuba grabó en su mente las imágenes del Eliseo. «Es la mas hermosa isla, añade, que jamás vieron los ojos humanos, llena de excelentes puertos y profundos rios.» El clima mas templado que en las otras islas; las noches ni frias ni calurosas, y los pájaros y las cigarras cantaban toda ella. En efecto, es inexplicable la belleza de las noches de los trópicos, en la profundidad de su cielo azul y diáfano, en la pureza y despejo de las estrellas, y en la luz resplandeciente de la luna, bañando el rico paisaje y odoríferas arboledas, mas encantadoras que el mismo esplendor del dia.

En el olor de los bosques y de las flores de que venia cargada la brisa, imaginaba Colon reconocer la

fragancia de las especies orientales, y encontró por las playas conchas de las ostras que producen perlas. Por la yerba que crecía hasta la misma orilla del agua, conoció la mansedumbre del Océano, que baña aquellas islas, sin azotar jamás sus costas con embravecidas ondas. Desde su llegada á las Antillas no había experimentado mas que suave y bonancible tiempo, de donde concluía que reinaba perpétua serenidad en aquellos felices mares. Lejos estaba de sospechar que las combaten á veces furiosísimas tempestades. Charlevoix observa por esperiencia propia, que «es la mar de aquellas islas mas pacífica en general que las nuestras; pero como el furor de las gentes que se excitan con dificultad, y cuyos accesos de cólera son tan violentos como raros, así es terrible aquella mar cuando llega á irritarse.» Rompe todos los diques, inunda los campos, arrebatando lo que se le opone, y deja detras temerosas reliquias y asolacion, por donde quiera que llevó sus huellas. Despues de estas tormentas; conocidas con el nombre de huracanes, es cuando se encuentran las playas cubiertas de conchas marinas, muy superiores en lustre y belleza á las de las mares europeas.» Es un hecho singular, empero, que los huracanes, que casi anualmente devastan las Bahamas, y otras islas inmediatas á la de Cuba, rara vez han estendido su funesta influencia á esta tierra favorecida. Podría decirse que es tal su belleza, que hasta los elementos deponen ante ella sus furores gozándose en contemplarla.

En una especie de tumulto de la imaginación, encuentra Colon á cada paso corroboraciones de las noticias que ha recibido, ó cree haber recibido de los indios. Tenía pruebas concluyentes, en su sentir, de que poseía Cuba minas de oro, y arboledas de especias, y de que las aguas cristalinas de sus costas abundaba en perlas. No dudaba estar en la isla de Cipango, y alzando velas, comenzó á costearla hácia el Occidente, en cuya direccion, segun los signos de sus intérpetres, estaba la magnífica ciudad del rey. En el discurso del viaje solía desembarcar, y visitó varios lugares; particularmente uno en las márgenes de un ancho rio, al cual puso rio de Mares. Las casas le parecieron muy ingeniosamente construidas de brazos de palmas en la forma de pabellones; no formaban calles, sino que estaban diseminadas entre los bosques, y bajo la sombra de árboles de frondosa copa, cual suelen las tiendas de un campo militar: así se usan aun en muchas colonias españolas, y en el interior de Cuba. Los habitantes huían á las montañas, ó se ocultaban en los bosques. Colon observó cuidadosamente la arquitectura y muebles de sus moradas. Las casas estaban en extremo limpias, y mejor edificadas que todas las que hasta entonces había visto. Encontró en ellas rudas estatuas y mascarones de madera entalladas con arte admirable. Todas estas eran indicaciones de mas arte y civilización que había observado en las otras islas, y suponía que iría en progresión ascendente, á medida que se acercaba á tierra firme. Viendo por todas las casas instrumentos de pesca, concluyó que aquella costa estaba habitada solo por pescadores que llevaban su mercancía á las ciudades del interior. Tambien creyó haber encontrado el cráneo de una vaca, lo que probaba que había ganados en la isla; aunque serian probablemente huesos del manatí, ó foca de aquella costa.

Despues de navegar por algun tiempo al Nor-Oeste, avistó Colon un grande cabo, al cual por las arboledas de que estaba cubierto, llamó cabo de las Palmas; este cabo forma la entrada oriental de lo que se llama hoy laguna de Moron. Aquí tres indios naturales de la isla de Guanahani, que estaban á bordo de la Pinta, le dijeron á su comandante Martin Alonso Pinzon, que detras de aquel cabo había un rio, desde el cual solo quedaban cuatro dias de camino para lle-

gar á Cubanacan, paraje abundante en oro. Por esta palabra querian significar una provincia situada en el centro de Cuba; pues *nacan* quiere decir en su lengua el medio. Pero Pinzon habia estudiado cuidadosamente el mapa de Toscanelli, y recibido de Colon todas sus ideas respecto á la costa del Asia. Concluyó de aquí que hablaban los indios de Cublai Khan, el soberano tártaro, y de ciertas regiones de sus dominios, descritas por Marco Polo. Creia haberles entendido, que no era Cuba una isla, sino tierra firme, extendiéndose dilatadísimo hacia el Norte, y que el rey que regia por aquellas cercanías, estaba en guerra con el gran Khan.

Inmediatamente comunicó á Colon este tejido de errores y equivocaciones, destruyendo la ilusión de la isla de Cipango, que tanto habia deleitado al Almirante, quien no tardó empero, con sustituirle otra no menos lisonjera. Pensó que habia llegado al continente de Asia, ó como él decia, de India; en cuyo caso no podia estar muy lejos de Mangui y Cathay, último objeto de su viaje. El príncipe en cuestion, que gobernaba los países circunvecinos, debía ser por consiguiente algun potentado oriental: así resolvió buscar el rio mas allá del cabo de las Palmas, y enviar un regalo al monarca, con una de las cartas de recomendación de los soberanos de Castilla; y despues de visitar sus dominios, continuar hasta la capital del Cathay, residencia del gran Khan.

Mas cuantas diligencias se hicieron para encontrar aquel rio fueron inútiles. Quedaban siempre nuevos cabos que doblar; no habia surgidero; se levantó viento contrario, y amenazando mal tiempo las apariencias del cielo, se volvió á un rio donde habia anclado dos ó tres dias antes, y llamóle rio de los Mares.

El primero de noviembre al romper el dia envió sus botes á la playa á visitar varias casas, pero los habitantes habian huido á los bosques. Colon supuso que temerian su escuadra, creyéndola una de las expediciones que enviaba el gran Khan para coger esclavos. Por la tarde volvió á mandar un bote con un intérprete indio á bordo, á quien se dijo que anunciase á la gente las pacíficas y bienhechoras intenciones de los españoles, y que no tenían conexión alguna con el gran Khan. Despues que así lo hubo el indio proclamado desde el bote á los salvajes que estaban en la playa, se arrojó al agua y nadó á la orilla, le recibieron bien los naturales y logró calmar tan completamente sus temores, que antes del anochecer ya habia mas de diez y seis canoas alrededor de los buques, cargadas de algodón y otros artículos sencillos del tráfico de aquellos isleños. Colon prohibió comerciar en todo menos en oro para tentar á los naturales á producir las riquezas verdaderas de su país. No tenían ninguno que ofrecer, y estaban destituidos de todo adorno de metales preciosos, excepto uno que llevaba en la nariz una pieza de plata labrada. Entendió Colon que decia este hombre, que vivia el rey como á cuatro dias de distancia hacia el interior, que se le habian despachado muchos mensajes con nuevas de la llegada de los extranjeros á la costa; y que en menos de tres dias se esperaban órdenes suyas, y varios comerciantes del interior que vendrian á traficar con los buques. Es de notar cuán ingeniosamente la fantasía de Colon le engañaba á cada paso, y cómo teja de los mas incoherentes hechos una uniforme tela de falsas conclusiones. Consultaba sin descanso el mapa de Toscanelli, refiriéndose á los cálculos de su viaje, y apropiando á su deseo las mal interpretadas palabras de los indios; imaginaba hallarse á los bordes del Cathay, y como á unas cien leguas de la capital del gran Khan. Y deseoso de llegar allá cuanto antes deteniéndose lo menos posible en los territorios del príncipe interior, resolvió no esperar la llegada de mensajeros ni comerciantes, sino despachar enviados que

buscasen en su misma residencia al vecino monarca.

Escogió para tal misión á dos españoles, Rodrigo de Jerez y Luis de Torres; el último judío convertido, que sabia hebreo, caldeo, y aun árabe; alguna de cuyas lenguas pensaba Colon que debería entender un príncipe oriental. Fueron con ellos dos guías indios; uno natural de Guanahani, y otro habitante de una choza de las orillas del mismo rio. Se proveyó á los embajadores de sargas de cuentas y otras bagatelas para sus gastos de camino; dándoles por instrucción, al mismo tiempo, que informasen al rey de como iba Colon de parte de los monarcas de Castilla, á llevarle una carta y un regalo que debía entregar personalmente, con el objeto de establecer una comunicación amigable entre ambas potencias. Tambien llevaban instrucciones para observar escrupulosamente la situación y distancia de ciertas provincias, puertos y rios, especificados con sus nombres por el Almirante, segun las descripciones que tenia de la costa de Asia. Diéronseles igualmente muestras de especias y drogas, para que investigasen si abundaban en aquel país algunos de tan preciosos artículos. Con estos efectos ó instrucciones salieron los embajadores, habiéndoseles concedido seis dias para efectuar su viaje de ida y vuelta. Podrá hoy causar sorpresa esta embajada á un desnudo caudillo salvaje del interior de Cuba, equivocado por un monarca asiático; pero tal era la singular naturaleza de este viaje, série continúa de dorados sueños, y todas interpretaciones del exagerado volúmen de Marco Polo.

los un español no CAPITULO IV. Continúacion del Costeo de Cuba.

Mandó Colon carenar y reparar los bajeles, mientras se esperaba la vuelta de los emisarios, continuando él mismo en el exámen del país. Subió con sus botes rio arriba, como unas dos leguas, hasta encontrar agua dulce, y desembarcando ascendió á la cima de una colina, desde donde se dominaba bien el interior. Pero le interceptaban la vista muchas entretejidas y elevadas florestas de robusta y lozana vejetación. Habia entre los árboles algunos, que él consideró linaloes, y otros muchos odoríferos que no dudaba Colon poseyesen preciosas cualidades aromáticas. Se notaba entre los viajeros un deseo vehemente de encontrar los preciosos artículos de comercio que crecen en los climas orientales; y sus imaginaciones se engañaban continuamente por sus esperanzas.

Por dos ó tres dias estuvo el Almirante vivamente excitado, oyendo continuos rumores acerca del hallazgo de canelos, ruibarbos y nuez moscada; pero el exámen acreditó que eran falsos. Enseñó á los naturales muestras de estas y otras especias y drogas que habia traído de España, y entendió que le decian hallarse aquellos artículos en abundancia hacia el Sudoeste. Les hizo ver perlas y oro; y dijeron algunos indios ancianos, que habia un país cuyos naturales llevaban adornos de ellos al rededor del cuello, brazos y tobillos. Repetian mucho la palabra Bohío, que Colon supuso nombre del sitio en cuestion, el cual seria algun rico distrito ó isla. Pero mezclaban muchas extravagancias con sus imperfectas descripciones, pintando lejanas gentes que solo tenían un ojo; otros con cabezas de perro y caníbales, que degollaban los prisioneros y les bebían la sangre.

Es muy posible que todos estos rumores de oro, perlas y especias, fueron formadas para agrandar al Almirante, y contribuían á mantenerle en la persuasión de que se hallaba entre las costas y opulentas islas del Oriente. Al encender fuego para calentar la brea con que habian de carenarse los buques, hallaron los marineros que despedía la madera quemada un olor fuerte y agradable, y declararon al examinarla, que era almáciga. Abundaba mucho aquella madera en

las florestas vecinas; de modo que se lisonjeaba Colon de que cada año podrian juntarse allí mil quintales de esta preciosa goma, y procurar mas abundancia de ella, que pudieran dar Scio y todas las otras islas del Archipiélago. En el discurso de sus escrutinios por el reino vegetal, en busca de las preciosidades comerciales, encontró la patata, humilde raiz poco apreciada entonces aunque adquisicion mas preciosa para el hombre que todas las especias del Oriente.

Volvieron los embajadores el 6 de noviembre, y todos sus compañeros los rodearon para oír nuevas del interior de aquellos países, y del príncipe á cuya capital habian sido enviados. Despues de penetrar doce leguas, llegaron á un lugar de cincuenta casas, edificado como los de la costa, pero algo mayor, pues tendria por lo menos mil habitantes. Fueron recibidos con grande solemnidad, los indios los condujeron á la mejor casa, los pusieron en lo que parecia indicar sillas de estado, entalladas en forma de cuadrúpedos, cada una de una sola pieza de madera. Los ofrecieron luego los principales artículos de su alimento, frutas y legumbres. Despues de haber cumplido con las leyes de salvaje cortesía y hospitalidad, se sentaron en tierra alrededor de sus visitantes, para oír lo que tenían estos que decirles.

En vano el israelita Luis de Torres les dirigió la palabra en las diferentes lenguas que poseia, pronto se convenció de que su hebreo, caldeo y árabe, le eran muy poco útiles, y tuvo que ser orador el intérprete de las Lucayas. Hizo una arenga en forma, segun la manera indiana, en que ensalzó el poder, opulencia y liberalidad de los blancos. Cuando hubo acabado, se rodearon mas estrechamente los admirados indios, de aquellos seres á su parecer sobrehumanos. Algunos les tocaban, examinando su cutis y vestidos; otros les besaban los pies y manos en señal de adoracion. Al poco tiempo se retiraron los hombres dando lugar á las mujeres, que repitieron las mismas ceremonias. Algunas traian un ligero cubridor de algodón por medio del cuerpo; pero los mas de los habitantes de ambos sexos estaban enteramente en cueros. Parece que habia entre ellos ciertos rangos y órdenes de sociedad, y un gefe con algun poder; mientras reinaba una completa igualdad entre los indios que habian encontrado en las otras islas.

Tales fueron los únicos vestigios que hallaron de la ciudad y corte oriental adonde iban. No habia en ella la menor apariencia de oro ni de otros artículos preciosos; y cuando les enseñaron á los indios muestras de canela, pimienta, y varias especias, decian ellos que no las habia por aquella vecindad, sino muy lejos al Sud-Este.

Determinaron los enviados pues, el volver á sus buques, con gran pesar de los indios que les hicieron repetidas instancias para que pasasen con ellos algunos dias; pero viéndolos resueltos á marchar, desearon muchos acompañarlos, imaginando que irían á remontarse á los cielos; mas solo quisieron llevar los españoles consigo á uno de los principales indios con su hijo, acompañados por un criado.

A la vuelta de esta expedición vieron por primera vez el uso de una yerba, que el ingenioso capricho humano ha elevado despues á lujoso artículo de general consumo, á pesar de la oposicion de los sentidos. Iban, pues, muchos indios con tizones encendidos en las manos, y ciertas yerbas secas de que hacian un rollo ó especie de canuto, y encendiéndolo por un lado, y se ponían el otro en la boca, y chupaban el humo y le echaban despues al aire. Llamaban á estos rollos tabacos, nombre trasferido despues á la planta de que estaban hechos. Los españoles, aunque preparados para ver prodigios, no pudieron menos de admirarse de esta extraña distraccion.

Los informes que dieron sobre la belleza y fertilidad de los países que habian recorrido fueron los

mas favorables que pudieran desearse. Habian visto muchas aldeas de cuatro ó cinco casas, bien pobladas y rodeadas de árboles de desconocido, hermoso y sabrosísimo fruto. Alrededor de ellas habia campos de pimientos, patatas, maiz y legumbres. Tambien vieron otros de la planta cuyas raíces dan el pan de casava. Estos, con los frutos de sus arboledas, producian el alimento principal de los naturales, cuya comida era frugal y simple por extremo. Vieron ademas grandes cantidades de algodón; parte acabado de sembrar, parte crecido, y alguno hecho hilaza, ó convertido ya en las redes de que formaban sus hamacas. De este tenían gran provision labrado y por labrar en sus casas. Encontraron tambien aves de raro plumage, pero desconocida especie; muchos patos, y algunas perdicés pequeñas; y habian oido, como Colon, el canto de un pájaro que creyeron fuese el ruiseñor. Todo cuanto vieron, indicaba un estado primitivo de sociedad; porque aunque bella, estaba la tierra inculta y salvaje. La admiracion con que habian sido vistos, mostraba con evidencia, que no estaban hechos los indios al trato de hombres civilizados; ni habian oido hablar de ninguna ciudad del interior, mejor que la que acababan de visitar. Los informes de los enviados destruyeron muchas espléndidas fantasías de Colon respecto á aquel bárbaro príncipe y su corte. Vagaba empero, el Almirante por encantadas regiones, sobre las cuales ejercia su imaginacion mágica y absoluta influencia. No bien se habia desvanecido una ilusión, cuando otra lo deslumbraba. Durante la ausencia de los emisarios, le habian dicho los indios por señas, que habia un sitio hacia el Oriente, donde por la noche, á la luz de las antorchas, se recogía oro, que despues se hacia barras á martillazos. Al hablar de esta region, usaban de nuevo las palabras Babeque y Bohío, que Colon, como de ordinario, supuso que serian los nombres propios de las islas ó países. El verdadero sentido de estas palabras se ha explicado con variedad. Se dice que las aplicaban los indios á la costa de tierra firme, llamada por ellos Caritaba; ademas, tambien se cree que Bohío significa casa, y lo usaban con frecuencia los indios, para dar á entender la mucha poblacion de una isla. De aquí la continua aplicacion de esta voz á la española, llamada tambien Hayti, que quiere decir tierra alta, y alguna vez Quisqueya (el todo), para expresar su mucha extension.

La torcida interpretacion que á estas y otras palabras se daban eran: causa de los perpetuos errores de Colon. Algunas veces confundia Babeque con Bohío, como si fueran una misma isla; otras, creia que deberían ser diferentes y estar situadas en diversos puntos; y Quisqueya suponía que significase Quisai ó Quinsai (á saber, la ciudad celestial), de la cual, como se ha dicho, habia formado tan magnífica idea por los escritos del viajero veneciano.

El principal objeto del Almirante era arribar á alguna nacion culta y poderosa con cuyo rey pudiese emprender negociaciones de algun valer comercial, y volver á España con una rica cantidad de mercancías como triunfos de sus descubrimientos. El tiempo iba á la sazón cambiando de aspecto; la frescura de las noches daba indicios de la cercanía del invierno, y así determinó abandonar el rumbo del Norte, y no detenerse por lugares incultos que no tenia por entonces medios de colonizar. Concibiendo que estaba en la costa oriental del Asia, determinó tomar la vuelta del Es-Su-Este en busca de Babeque, en que esperaba hallar una rica y civilizada isla. Antes de dejar el rio de Mares, tomó consigo para llevarlos á España algunos indios, con el objeto de que aprendiesen la lengua para que pudieran servir de intérpretes en los futuros viajes. Llevó de los dos sexos, habiendo sabido por los descubridores portugueses, que iban los hombres mas contentos y se mos-

traban mas serviciales á la vuelta cuando los acompañaban sus esposas. Exaltado por su entusiasmo y por los sentimientos religiosos que cundian en aquella edad, presagiaba grandes victorias para el catolicismo y gloriosas empresas para el trono, pretendiendo convertir á los salvajes por medio de los indígenas así instruidos. Imaginaba, que no tenian los indios sistema de religion, pero que estaban bien dispuestos á recibir sus impresiones; y como veian con mucha atención y reverencia las ceremonias religiosas de los españoles, pronto repetian de memoria cualquier rezo que se les enseñaba, haciendo la señal de la cruz con edificante devocion. Tenian idea de un estado futuro, pero limitada y confusa; era difícil para meros salvajes concebir la idea de una deliciosa existencia pura y espiritual separada de la alegría de los sentidos y de aquellas dulces escenas que los habian hecho felices en vida. Pedro Mártir, contemporáneo de Colon, habla de las opiniones de los indios en esta materia: «Confiesan, dice, que es el alma inmortal, y habiéndose despojado de la carne, imaginan que vuela á los bosques y á las montañas, y que vive perpetuamente en sus cavernas; ni la escéptúan de las necesidades corporales, pues dicen que allí ha de alimentarse. El sonido con que responden las grutas, y la concavidad de las montañas á la voz, al cual denominaron eco los romanos, suponen ser producidos por los espíritus de los difuntos, que vagan por aquellos lugares.»

De la atraccion hácia los sentimientos religiosos, que creyó Colon descubrir entre aquellas pobres gentes, de la benignidad de su carácter, de su ignorancia de las artes beligeras, dedujo que seria fácil hacerlos á todos devotos miembros de la Iglesia, y súbditos leales de la corona. Concluye sus especulaciones sobre las ventajas que se derivarian de colonizar aquellos puntos, prometiéndose mucho comercio del oro en que abundaria el interior; de perlas y piedras preciosas, de las cuales, aunque no habia visto ninguna, habia recibido frecuentes informes; de joyas y especias de que pensaba haber hallado indubitables señales; y de algodón que nacia por todos los campos. La mayor parte de estas mercancías, añade, tendrán mas fácil salida en los puertos y poblaciones del gran Khan, que en los mercados de España.

## CAPITULO

VIAGE EN BUSCA DE LA SUPUESTA ISLA DE BABEQUE.—DESERCION DE LA PINTA.

(1402.)

El 12 de noviembre tomó Colon el rumbo del Sud-Este para retrogradar en la direccion de la costa. Este debe considerarse como otro cambio crítico en su viaje, y de grande consecuencia en los descubrimientos posteriores. Ya habia entrado bastante en lo que se llama el antiguo canal, entre Cuba y las Bahamas. Por dos ó tres dias de diferencia no tuvo ocasion de desposeerse del error en que habia caído al considerar á Cuba como parte de un gran continente: error en que estuvo hasta el día de su muerte. Hubiera allí podido saber la vecindad del continente, ó navegado para la costa de Florida, ó ser impelido hácia ella por las corrientes del golfo, ó continuando por la parte de Cuba que lleva al Sud-Oeste, tocar en la costa opuesta de Yucatan, realizando quizá su mas dorados ensueños con el descubrimiento de Méjico. Pero fue suficiente gloria para Colon haber descubierto el Nuevo-Mundo. Sus mas ricas regiones estaban reservadas para dar esplendor á otras empresas ulteriores.

Navegó pues, por dos ó tres dias á lo largo de la costa, sin pararse á explorarla. No se vió por toda ella ninguna ciudad populosa. Al pasar por un cabo que él llamó de Cuba, puso la proa al Oriente en busca de Babeque; pero pronto se vió obligado á volver,

por arreciar el viento y embravecerse el mar. Ancló en un profundo y seguro puerto, á que dió el nombre de puerto del Príncipe, y pasó algunos dias explorando con sus botes un archipiélago de pequeñas pero bellísimas islas que se encontraba situado á muy corta distancia, conocido desde entonces con el nombre de el Jardín del Rey. Al golfo en que se alzaban estas islas le llamó mar de Nuestra Señora: en tiempos modernos ha sido amparo de piratas que encontraban seguro refugio en los canales y solitarias calas de sus islas. Estaban estas sombreadas por doquier de gigantescos árboles entre los cuales pensaban reconocer los españoles la almástiga y el aloe. Colon supuso, que serian aquellas partes de las innumerables islas que orlan la costa del Asia, célebres por sus especias. Mientras estaban en el puerto del Príncipe, levantó una cruz en una elevada colina cerca del puerto: signo convencional que indica haber tomado posesion.

El 19 se dió otra vez á la vela, aunque casi en calma; pero como el viento se levantase del Oriente, viró hácia el Nord-Este, y al ponerse el sol estaba á siete leguas del puerto del Príncipe. Desde entonces se vió tierra al Oriente, como á sesenta millas de distancia, la cual por las señas de los indígenas supuso que seria la tan deseada isla de Babeque. Continuó, pues, toda la noche al Nord-Este. Al siguiente día el viento se manifestó contrario, soplando en línea recta del punto adonde deseaba ir. Estuvo algun tiempo delante de la isla Isabela, á la que no quiso tocar, no fuera que se desertasen sus intérpretes indios, naturales de Guanahaní, que dista solo ocho leguas de Isabela. Los indios ponian solo sus ojos en la isla donde habian recibido el ser. Viendo que continuaba el viento obstinadamente adverso, y que habia mucho mar, se determinó al fin Colon á volver á Cuba, haciendo señales á los otros buques para que le siguieran. La Pinta, mandada por Martin Alonso Pinzon, habia ya adelantado mucho hácia el Oriente. Y como podia con facilidad unirse á los otros buques, teniendo para ello viento en popa, repitió Colon sus señales, pero sin conseguir resultado alguno. Como venia la noche, acortó vela, y paso luces en los mástiles, pensando que Pinzon se le juntaria; mas al romper el alba, se vió que la Pinta habia desaparecido.

Efectivamente, Pinzon prestó oído á los ridículos proyectos forjados por un indio que llevaba á bordo de su carabela, y que le prometia conducirle á una region abundantísima en toda clase de riquezas. Su avaricia se despertó repentinamente: su buque siendo el mas velero, podia con facilidad virar al barlovento, adonde en vano le seguirian los otros. Se liasonjeaba con la idea de ser el primero en abordar á la soñada tierra, enriqueciéndose con las primicias de los despojos que pensaba hacer. Ya hacia mucho tiempo que no podia sufrir el dominio del Almirante, con quien creia deber estar en términos iguales, por haber contribuido con muchos fondos al armamento de la expedicion. Era navegante veterano, oráculo de la comunidad marítima de Palos, y acostumbrado por su riqueza y su influjo á dar la ley entre sus asociados náuticos. Llevó á mal por consiguiente verse obligado á navegar como segundo, á bordo de su propio buque, y ya se habian ocasionado muchas disputas entre él y el Almirante. La súbita tentacion que se presentó á su avaricia, unida á los previos resentimientos, fue bastante fuerte para vencer su deber. Olvidando lo que debia al Almirante, como á su jefe, habia desatendido las señales, siguiendo al Oriente, y separándose á fuerza de vela de la escuadra.

Indignése Colon en extremo con esta desercion. Además de ser un ejemplo pernicioso de inobediencia sospechaba en ella algun designio siniestro; ó bien Pinzon pretendia apoderarse del supremo mando y gozar de las ventajas consiguientes á tamaña usurpacion separándose del Almirante, ó apresurarse á vol-

## CAPITULO VI.

DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA ESPAÑOLA.

(1492.)

El 5 de diciembre, mientras navegaba Colon allende el extremo oriental de Cuba, dudoso del rumbo que tomara, divisó cierta tierra al Sud-Este, que á medida que se acercaba, le reveló altas montañas por cima del despejado horizonte, anunciando una isla de grande extension. Los indios exclamaron al verla, *Bohio*, cuya palabra interpretó Colon como significativo de que aquel nuevo país era abundante en oro. Cuando le vieron los indios tomar rumbo para ella, dieron señales de profundo terror, implorando de él, que no la visitara, porque, le decian por señas, eran sus habitantes fieros y crueles, no tenian mas que un ojo, y devoraban á sus prisioneros. El viento era contrario, y las noches largas; y como no acostumbraban navegar en la oscuridad por aquellas mares desconocidas, invirtieron en llegar á la isla cerca de dos dias.

Ya se ha observado, que en la trasparente atmósfera de los trópicos se divisan los objetos á larga distancia, y que la pureza del aire y serenidad del cielo producen mágicos efectos en el paisaje. Con estas ventajas apareció á su vista la bella isla de Hayti. Sus montañas eran mas escarpadas y pedregosas que las de las otras islas; pero sus cumbres se alzaban entre preciosas florestas, y sus faldas se extendian formando lujosas llanuras y verdes praderías; mientras que los varios y numerosos fuegos que la esmaltaban de noche, y las columnas de humo que ascendian de día en todas direcciones, indicaban bastante su poblacion. A los ojos deslumbrados de los marinos levantóse una isla esplendorosa, ornada con todos los atavíos de una gigantesca vegetacion; país quizá el mas hermoso del globo; pero que en sus arcanos destinaba la Providencia á ser el mas desgraciado.

En la tarde del 6 de diciembre tomó Colon puerto al extremo occidental de la isla, y le dió el nombre de San Nicolás, por el que se conoce hoy. Era espacioso y profundo, rodeado de grandes árboles, muchos de ellos fructíferos. Una hermosa llanura se extendia por frente del puerto, atravesada por un riachuelo. Del número de canoas que se veian por varias partes, se juzgaba que por los alrededores habria grandes poblaciones; pero los naturales habian huido aterrizados á la vista de los buques.

Dejando el 7 el puerto de San Nicolás, salieron costeano hácia el Norte de la isla. Vieron que era por aquella parte elevada y montañosa; pero con verdes y dilatadas llanuras. Divisaron al par un fértil y precioso valle que corria hácia lo interior, encerrado entre dos montes y cuyo cultivo les pareció muy esmerado.

Por muchos dias estuvieron detenidos en un puerto que bautizaron con el nombre de la Concepcion, adonde desembocaba cierto rio pequeño, despues de serpear por una deliciosa campiña. La costa abundaba en peces, algunos de los cuales saltaron á los botes. Allí extendieron sus redes y cogieron copiosa cantidad de pesca, y en ella alguna de especie semejante á las de España; primer pescado que habian visto semejante al de su país. Oyeron tambien el cantar de pajarillos que tomaron por ruiseñores y tuvieron ocasion de notar que el canto de muchas aves no les era enteramente desconocido. Los españoles, escitados por la asociacion de ideas que tan gran poder tiene en el alma, recordaron sus florestas andaluzas; porque los trinos de aquestos pajarillos tenian mucha semejanza con los de las aves que pueblan los bosques de Andalucía. Creian que el carácter exterior de aquel país era idéntico al de las mas bellas provincias de España; y en consecuencia de esta idea le llamó el Almirante isla Española.

ver á España, para arrebatar el laurel del descubrimiento. Pero como lo poco velero de su buque inutilizaba todo esfuerzo para perseguirlo, continuó su rumbo á la isla de Cuba, con el objeto de acabar de explorar las costas.

El 24 de noviembre dobló de nuevo el cabo de Cuba, y ancló en un buen puerto formado por el desembocadero de un rio, que él llamó de Santa Catalina. Corria entre fértiles praderas, y estaban las montañas vecinas bien pobladas de árboles, entre los cuales habia robustas encinas y pinos bastante altos para servir de mástiles á los grandes bajeles. En el lecho del rio encontraron piedras con venas de oro.

Colon continuó por algunos dias costeano lo que quedaba de Cuba, y celebrando con entusiasmadas palabras la magnificencia, frescura y colorido del paisaje, la pureza de las aguas, y el número y comodidad de los puertos. Su descripcion de uno, á que dió el nombre de Puerto-Santo, es una muestra de cuán poderosamente los grandes espectáculos de la naturaleza hablaban á su alma. La amenidad de este rio, exclama, la claridad del agua, en la cual se veia hasta la arena del fondo, y multitud de palmas de varias formas, las mas altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes, el armonioso canto de sus aves, el verdor de sus campiñas, serenísimos señores, hacen que este país sobrepuje en lo ameno, deleitoso y pintoresco á todos los demas países del mundo conocido, como el día en luz á la noche: por lo cual solia yo decir á mi gente muchas veces, que por mucho que me esforzase á dar entera relacion de él á VV. AA., no podria mi lengua decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura que es superior á todo encarecimiento.

La transparencia del mar, que atribuye Colon á la pureza de los rios, es propiedad del Océano en aquellas latitudes. Tan clara está la mar en las cercanías de algunas de las islas, que se puede ver el fondo en tiempo sereno, como el de una cristalina fuente, y los habitantes bucean á cuatro ó cinco brazas, en busca de conchas y otros mariscos que se ven desde la superficie. Las sutiles brisas y ricas aguas con que cuenta la isla pueden ponerse entre los mas gratos dones con que la enriquecia la naturaleza.

Como prueba de la vegetacion gigantesca de aquellas costas, hace mérito Colon del enorme tamaño de las canoas, formadas cada una de un solo tronco de árbol. Habia visto canoas capaces de contener ciento y cincuenta personas. Entre otros artículos hallados en las viviendas de los indios, vió una torta de cera, que la trajo de regalo á los reyes, observando que donde hay cera, debe haber otras mil cosas buenas. En tiempos posteriores se ha supuesto que vendria aquella cera de Yucatan, pues los habitantes de Cuba no tenian la costumbre de recogerla.

El 5 de diciembre llegó Colon al término oriental de Cuba, que suponía fuesen los lindes del Asia; ó como siempre la llamaba, de India. Le dió en consecuencia el nombre de Alfa y Omega, ó el principio y el fin. Se vió despues perplejo, acerca del rumbo que tomara. Deseaba seguir la costa en su vuelta al Sud-Oeste, que le llevaria á las regiones mas civilizadas y opulentas de la India. Por otro lado, tomando este rumbo, era forzoso abandonase toda esperanza de encontrar la isla de Babeque, que aseguraban los indios hallarse al Nord-Este, y de que seguan dándole magnificas descripciones: embarazoso dilema, propio de tamaña empresa, en que un nuevo mundo surgia delante del viajero, brindándole con lo seductor de su vegetacion, con lo espléndido de sus riquezas, pero un mundo, en que, al tomar qualquier determinacion podia separarse de las regiones mas abundantes y deleitosas.